

La crónica es un género tan antiguo como el mundo mismo; desde que existen individuos que ejercen el poderío de la palabra y la voluntad de asentir, disentir o simplemente opinar, existe la crónica. Poco importa que no se haya llamado así, pero ya desde la antigüedad clásica, el testigo presencial de guerras, conquistas y decadencias es una especie de cronista. Esto es precisamente lo que la crónica como género reclama: el ser contemporáneo a los sucesos que relata; y el haber presenciado con sentido crítico, o al menos con postura analítica, los acontecimientos que lo circundan. El cronista asume un tono, una óptica y también, inevitablemente, una actitud ideológica y partidista. Recordemos a los cronistas de la Conquista, quienes escriben —con la ambición disfrazada en el heroísmo— la justificación a sus desmanes o sus legítimas pretensiones señoriales, como es el caso de muchos soldados. Tal el caso también de los frailes, quienes en polémico alegato ostentan su misión providencialista y su apología anticolonialista a favor de los conquistados; tal es caso de un Motolinía o un Las Casas. Siempre en la crónica existe, pues, un compromiso emocional, social, intelectual que define la postura ideológica de aquel que reseña su entorno. Por más disimulada o encubierta que sea la actitud crítica, se pone de manifiesto en los rasgos gestuales que poseen las palabras; en su sentido elusivo, en su manifiesta franqueza, en su doble sentido o en la potencia plurisémica que entrañan los signos verbales.

El libro que ahora celebramos, obra de la minuciosa vocación de investigadora y crítica literaria que tiene Irma Contreras, contiene una serie de crónicas escritas por uno de los protagonistas estelares del modernismo mexicano: Manuel Gutiérrez Nájera. Casi todos lo conocemos como lírico, poseedor de una de las expresiones más depuradas y sensibles del citado movimiento literario. Los ecos del romanticismo que —como inevitablemente en cualquier otro poeta del modernismo— resuenan en él, se diluyen para darnos otro Gutiérrez Nájera, el escritor como ser social. Mucho se ha reclamado a los epígonos de esa escuela literaria la exquisitez sofisticada que voltea la cara a los punzantes problemas económicos y sociales de la mayoría miserable que habitó el México porfirista; se les echa en cara la actitud anticontestataria que ante el reclamo de los oprimidos tienen esos artistas, y

* Casa Universitaria del Libro, 18 de agosto de 1989.

que, según muchos críticos, es lo que definiría a un intelectual. Los clavicordios y las pensativas doncellas aisladas en sus torres de marfil creadas por Nervo; los impecables y sintéticos laberintos verbales de los hai-kais de Tablada; la desgarrada y conflictiva desolación personal de Salvador Díaz Mirón; la conciencia fugaz y fanática que del amor y de la destrucción del cuerpo invade al propio Gutiérrez Nájera. Todos estos artistas del entorno social saltan a nuestra mente cuando de ellos y del modernismo hablamos. Injusta conceptualización de compartimientos estancos se resumen en nuestros juicios acerca de estos escritores. Sin embargo, cada uno de ellos tuvo su lugar y su compromiso crítico con la sociedad en que vivió. Quizá reaccionaria, pero postura al fin; tal vez acomodaticia o anticontestataria, pero clara actitud ante el régimen político que dominó su entorno. Cierto es que Nervo pasó gran parte de su vida como diplomático, en estas funciones lo sorprende la muerte en Montevideo. Vive en la distancia sin confrontar cotidianamente la marginación en que viven las castas, en el totalitarismo del Héroe del dos de Abril. Su evasión fue quizá su forma de respuesta. Díaz Mirón tiene un estigma, el halo negativo que lo rodea por haber sido ministro de Victoriano Huerta. Su rebeldía —se dice— fue una estéril y agresiva respuesta personal que culminó con un asesinato. No obstante, el poeta veracruzano “creyó” —o por lo menos queremos pensar que así fue— en que la firme autoridad usurpadora del “Chacal”, salvaría a la patria. Tablada, en la sátira despiadada que es *Madero Chanteclair*, también asumió una postura reaccionaria y antirrevolucionaria; llega más lejos aún: desbarata con trazos paródicos y caricaturescos la figura santificada del Apóstol.

Gutiérrez Nájera no alcanza a experimentar la catarsis revolucionaria; como dice Irma Contreras, tuvo una breve, muy breve vida, y es por ello que su prematura desaparición lo deja libre de toda sospecha. No obstante, el “dandy” al que se creía tan ubicado en su contexto, y de quien se pensaba que era un intelectual típico del porfiriato, se revela en estas crónicas como un individuo que se rebela (para usar estos juegos homófonos que a él tanto le agradaban). Bien señala Irma en su prólogo que: “para expresar su gracioso humorismo usa constantemente el retruécano, el doble sentido de algunas palabras o el sentido figurado de las mismas; el juego fonológico de voces parónimas, homónimas, homófonas y todo sazonado con refranes, dichos, canciones, chistes, versos, fantasías, alguna adivinanza...” (p. 23). En efecto, los recursos retóricos del autor y sus registros conceptuales son amplísimos. Sin embargo, yo quisiera retomar el tema de la actitud inconforme del autor de “Non omnis moriar”. Mencionábamos que es innegable que en Gutiérrez Nájera hay una postura crítica; en el momento que entran el humorismo, el ingenio y la sátira, existe una conciencia analítica. Cierto es que la tesisura de su inconformismo no es trascendente ni de profunda raigambre social; no es un luchador que trate de reivindicar los derechos de las mayorías; tampoco es un revolucionario anarquista, ni el creador de una utopía social. No, la inconformidad del Duque Job es, en este sentido, de

tono menor. Su crítica se ubica en un ambiente eminentemente ciudadano, y es portavoz de una clase media con ideales pequeñoburgueses; esto no dicho en tono peyorativo, sino como realidad de una ciudad que a fines de siglo vivía, a su manera, su *Belle époque* y su *Art nouveau*. No es el hambre de los campesinos, es el apetito de los capitalinos el que se vierte en Recamier. Para corroborar esto, no hay más que reproducir las propias palabras del cronista al dirigirse a su homónimo Recamier, el *chef*: "Usted ayuda al gobierno, porque la buena calidad, el buen sazón y la salsa incitante de sus platos del día, predisponen a la benevolencia y a ver todo color de rosa, disipando el mal humor opositorista. Un pueblo que come carne sana y bebe cerveza o vino nunca es un pueblo revolucionario; el pulque riega sangre en nuestros campos y la tortilla engendra seres pasivos sin voluntad y sin decoro" (p.16). No cabe duda que con la concentración de la cultura y el buen decoro de lo más granado de la sociedad porfiriana, la ciudad de México era un mundo aparte, desligado totalmente de la terrible realidad del campo. Quizá se olvida el Duque Job que los consumidores de tortilla no sólo no conocen las salsas que aderezan la carne, sino ni siquiera la carne misma; o tal vez lo dice con la ironía oculta de desenmascarar una realidad con el simple recurso de enfrentarla con otra opuesta.

Irma Contreras nos presenta una interesante colección de crónicas escritas en los dos últimos años de la vida del poeta. En su minucioso y bien documentado estudio, la autora las agrupa, para solaz y facilidad de sus lectores, en tres grandes secciones: la primera, las crónicas que tienen que ver con sucesos contemporáneos; la segunda, nos describe, como ella dice: "ciertas actitudes del mexicano frente a la vida, que lo caracterizan como tal y que constituyen su idiosincrasia." (p. 24). El tercer grupo lo forman los artículos que llevan nombre de platillos; de ellos dice la estudiosa: "punto importante que tomó en cuenta el cronista por tratarse de la sección periodística 'Plato del Día', donde usa muy bien el sentido de las palabras." (p.24). Aparte de la introducción general que nos muestra el amplio conocimiento que del tema, del autor y de la investigación posee la autora, cada crónica está precedida de un breve estudio que describe la naturaleza del texto y su procedencia. Creo conveniente insistir en que una de las constantes que Irma busca a lo largo de todo el libro es el parangón entre la vigencia y la actualidad de los textos en su contexto y en el nuestro, ésta es una de las líneas más interesantes en toda la conducción del libro. Ante la imposibilidad de reseñar todas las crónicas, comentaré algunas que, me parece, revisten todavía un singular interés para nosotros. Por ejemplo, "Gayosso Hermanos" parecería escrito por un columnista de nuestros días ante la desmesurada rapacidad y el abuso casi sacrilego que ante la muerte tienen ésa y otras agencias funerarias. Dice el cronista: "Deudos y deudas son las preocupaciones de Gayosso y familia" (p. 46). El abuso se agrava aún más, ya que en el año de 1893, una terrible epidemia de tifo castiga fuertemente a la ciudad de México y el manto de los buitres se cierne inclemente sobre sus habitantes.

No faltan tampoco, en este primer grupo, alusiones al deterioro del peso como moneda y de la plata como metal. Sabemos que, como ahora en el petróleo, gran porcentaje de la economía del país en la época porfiriana estaba cifrado en la plata. La actualidad de la crónica sorprende más aún cuando nos dice la autora: "Tómese en cuenta que esta crónica fue escrita hace 91 años" (p.53). Aún con los cinco más que han transcurrido desde que Irma la alude, su eficacia actual es asombrosa. El ministro porfirista que más figura como blanco de Recamier es el de Hacienda (cualquier semejanza con la realidad actual es pura coincidencia). No sin justicia en "Mentir y no pagar", nos dice el autor: "La posición más difícil que puede guardar un hombre es la de ministro de Hacienda" (p.94).

La segunda serie de crónicas las agrupa la autora con el revelador título de "Crónicas sobre la idiosincracia del mexicano". En esta colección de diez textos encontramos una radiografía espiritual de la característica forma de ser nuestra. La moralidad encubierta de los contribuyentes (sobre todo los ricos) que aguardan los resquicios favorables para eludir los impuestos. Es un verdadero coqueteo el que las autoridades tienen que ejercer con los ciudadanos, para que éstos cumplan con sus deberes fiscales. Ayer, igual que ahora, el despliegue de psicología y las campañas subliminales y pseudopatrióticas que Hacienda tiene que desplegar, son impresionantes. La convicción, la coerción y mil artimañas más cumplen a medias sus objetivos. Veamos lo que nos dice Recamier en este divertido párrafo: "No puede negarse que la Secretaría de Hacienda ha empleado todos los mimos y coqueterías posibles para que se trague el público las estampillas: ya las adorna con el retrato de Hidalgo, tan buen señor, tan blanquito, tan parecido a San Felipe Neri; ya, para que los liberales se entusiasmen, graba en ellos la efigie de D. Benito Juárez, el restaurador de la República; ya pone a Morelos, ya a Guerrero, ya a Gómez Farías... ya les unta excelente goma para satisfacción de los gomosos, ya los presenta azules, ya color de chocolate... ¡inútil todo! la estampilla sigue siendo la estampa de la herejía para todos los liberales que son conservadores de un maravedí." (p. 95). Otro clásico rasgo de carácter nacional es la gorra, que como antes y ahora conserva este nombre perdurable, quizá, hasta la consumación de los siglos. Ante esta costumbre tan reiterada, que se ha hecho ya visión del mundo, el mexicano se inclina con reverencia como "Los revolucionarios del noventa y tres ante el gorro frigio" (p. 100). Nostalgia de nostalgia podemos llamar la crónica "Cáscaras", en la que el alma aristocrática del escritor se queja de un vicio secular de los mexicanos: el poco respeto a los espacios públicos, que cada ciudadano considera como espacio propio para arrojar inmundicias y basura. Pero lo grave, antes como ahora, es la complacencia de las autoridades para permitirlo. También es curioso ver cómo Recamier se queja del lenguaje de las mujeres del pueblo: "Y frecuente es oír las canturrear obscenidades o decir palabras que el *Tiempo* mismo no se atrevería a estampar en su edición literaria de los domingos" (p. 115). Gutiérrez Nájera añora el

pasado, como nosotros lo hacemos ahora con la hermosa ciudad que fue el México de antaño; el escritor rememora con nostalgia la ciudad anterior a él: "¡Con harta razón suspiran los ancianos por aquellos tiempos en que la estatua de Carlos IV se alzaba frente al Palacio Nacional!" (p. 115). Vemos en la crónica la significación de un espacio que dejó de cumplir su función primordial. Gutiérrez Nájera es un aparente conservador que trata de renovar y revitalizar el destino de sus tradiciones.

En el último grupo de crónicas es en el que encontramos un mayor despliegue de ingenio verbal. Sigamos la acertada guía de Irma Contreras, quien nos dice: "pero el hecho de ponerle nombre de platillo a una crónica humorística, que además relaciona el contenido de la misma usando el sentido figurado, aparte de jugar con las palabras, con una facilidad increíble, nos permite advertir el ingenio de Manuel Gutiérrez Nájera, ya como periodista consumado" (p. 36). En efecto, la intención de establecer un referente metafórico con uno real, crea ya un código verbal en un segundo sentido sumamente ingenioso. Asomémonos a algunos títulos: "Capirotada", "Décimas en charamusca" y "Lengua ahumada". Quisiera, para concluir, detenerme en este último artículo, pues nos ofrece a un Gutiérrez Nájera familiarizado con el teatro. Durante varios años el Duque Job fue un ameno y certero crítico teatral, y gracias a él conocemos buena parte del ambiente dramático de fines del siglo XIX, sus lamentaciones por espectáculos deplorables; por el escaso público que asiste a las salas; por las fallas inescrupulosas de los actores. También nos muestra su regocijo ante las buenas representaciones y los grandes intérpretes. En "Lengua ahumada", el cronista nos ofrece un tema curioso: el de los fumadores en el interior de la sala, que molestan el olfato de las damas. Dice preocupado: "¡Dejadnos ver a la Penotti y a la Delgado, envueltas por la nube que circunda a las diosas, no por el humo de los hombres!" (p. 158).

Con este comentario damos fin a nuestro texto, no sin antes agradecer a Irma Contreras este libro incisivo, nostálgico y profundamente divertido. Su talento de investigadora y de crítica literaria nos regala generosamente a este Gutiérrez Nájera desconocido.

